

LA NOVELA FAMILIAR
DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Lynn Hunt

Traducción de Soberezade Pinilla Cañadas

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © 1992 The Regents of the University of California
Published by arrangement with University of California Press
- © De la traducción, Schcherzade Pinilla Cañadas
- © De la presente edición, Premsas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2023

Edición original: Lynn Hunt, *The Family Romance of the French Revolution*, Berkeley, Los Angeles, University of California Press, 1993.

Colección Ciencias Sociales, n.º 171

Director de la colección: Pedro Rújula López

Premsas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Ciencias Sociales de Premsas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN 978-84-1340-587-2

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones: Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 1461-2023

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Es un gran honor para mí ver este libro tan hábilmente traducido al español, un idioma de importancia creciente en todo el mundo. Muchas cosas han cambiado desde que apareciera su primera edición en inglés, pero muchas otras no lo han hecho. Dado que la novela familiar y la política revolucionaria no guardan una relación evidente, su título puede resultar, todavía, algo oscuro para los lectores. El término *novela familiar* se remonta a Freud y, si bien en la actualidad se sigue usando —especialmente, entre los críticos literarios—, su sentido queda ya muy lejos de la fórmula original.¹ Freud designa como «novela familiar» esa fantasía que tiene el neurótico de «desahacerse de sus padres, de quienes ahora tiene una pésima opinión, para reemplazarlos por otros que, por lo general, pertenecen a una esfera social más elevada».² Cuando el niño (los chicos, muy particu-

1. Véase, por ejemplo, el interesante análisis de Christine Van Bohemen, *The Novel as Family Romance: Languages, Gender, and Authority from Fielding to Joyce*, Ithaca, N. Y., 1987. También, Charlotte Daniels, *Subverting the Family Romance: Women Writers, Kinship Structures, and the Early French Novel*, Lewisburg, PA, 2000.

2. Sigmund Freud, «Family Romances», en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. 8, Londres, 1959, pp. 238-239. [Ed. en español: «La novela familiar de los neuróticos (1909 [1908])», en Sigmund Freud, *Obras completas. Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud*, trad. de José Luis Escheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1986 (2.ª ed.), vol. IX, pp. 213-220]. Quisiera agradecer aquí a Ruth Leys esta referencia y otras ideas muy sugerentes.

laramente, ya que Freud pensaba que esta tendencia era mucho menos acusada entre las chicas) se siente relegado por sus padres, reacciona imaginando que esos no son sus padres de verdad, que sus auténticos padres son propietarios acaudalados, aristócratas e incluso reyes y reinas. En su versión freudiana, la novela familiar se localiza en la psique individual y es la forma en la que los individuos, especialmente varones, fantasean sobre cuál ha de ser su lugar en el orden social. De esta suerte, la psique individual queda integrada en el orden social mediante el imaginario de la familia y el conficto intrafamiliar.

Lo que aquí se pretende no es tanto emplear el término en un sentido estrictamente freudiano (aplicable a la psique individual) cuanto utilizarlo con una connotación positiva a la hora de hablar del inconsciente político —esto es, del inconsciente colectivo—. Con la expresión *novela familiar* se designa aquí al conjunto de imágenes inconscientes y colectivas referidas al orden familiar que subyace en la política revolucionaria, y se intentará demostrar, asimismo, que el inconsciente colectivo de los franceses se articuló en torno a narrativas de relaciones familiares.³ No quiero decir que se trate de un universal, en la medida en que otros pueblos y otras épocas han podido experimentar la política de modos muy distintos. Pero los europeos del siglo XVIII vieron a sus gobernantes como padres y a sus naciones como familias extensas. Y este modelo familiar operó tanto a nivel consciente como inconsciente.

En cierto sentido, los franceses quisieron desembarazarse de sus padres políticos, de quienes se tenía la peor de las opiniones, si bien no pensaron en reemplazarlos por otros con una posición más elevada. Pensaron en reemplazarlos —al rey y a la reina, evidentemente— por una familia de tipo distinto en la que los padres desaparecían y los hijos —los hermanos, especialmente— actuaban de manera autónoma. No hace falta señalar que

3 El término *inconsciente político* se ha hecho de uso corriente en crítica literaria a partir de la conceptualización que llevó a cabo Fredric Jameson en *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*, Ithaca, N. Y., 1981. [Ed. en español: *Documentos de cultura, documentos de barbaria. La narrativa como acto socialmente simbólico*, trad. de Tomás Segovia, Madrid, Visor, 1989]. Mi análisis no debe demasado a los trabajos de Jameson, aun cuando comparto su afirmación de que «la estructura de la psique es histórica y tiene su historia» (p. 62). No puedo sino añadir que voy a intentar descentrar algo de esa historia.

los revolucionarios franceses no se subieron a la tribuna para expresar en ella sus fantasías psicosexuales sobre el orden político. De ahí que no hayan faltado autores que cuestionaran los propios conceptos de *inconsciente político* y *novela familiar*, al punto de llegar a preguntarse qué pruebas podrían acreditar su existencia. Por lo que a mí respecta, me he servido de estos conceptos en la medida en que nos ayudan a clarificar asuntos que, de otro modo, seguirían resultando oscuros y confusos. Solo espero que las pruebas presentadas convencen a mis lectores de lo fructífero de una aproximación que permita esclarecer aspectos hasta ahora desdichados y plantear algunos de los problemas más destacados de la política moderna. El imaginario absolutista vinculaba explícitamente poder real y familia patriarcal, por lo que no puede dejar de verse, en el uso que la Revolución hizo del concepto de *fraternidad*, una ruptura con el modelo anterior. Resulta pertinente, entonces, interrogarse por el sentido de esa ruptura.

Al utilizar el término *novela familiar*, no pretendo sugerir que los revolucionarios franceses actuaran movidos por una suerte de fantasía parológica que hundiría sus raíces en psicologías individuales trastornadas. Las novelas familiares de la Revolución (porque fueron varias) tampoco han de entenderse como reacciones neuróticas fruto del desencanto —como sucede en la formulación freudiana—, sino como esfuerzos creativos tendentes a repensar el mundo de la política, a concebir un sistema de gobierno al margen de la autoridad paterna. Me sirvo del concepto de *novela(s) familiar(es)* al objeto de demostrar que, en buena medida, esos esfuerzos imaginativos se desplegaron en lo que podríamos denominar *la superficie del discurso político consciente*. De este modo, procuraré analizar su articulación y sus transformaciones a partir de una amplia variedad de documentos, desde los discursos sobre la ejecución del rey hasta las pinturas y grabados de las familias corrientes.

No pretendo, ni mucho menos, que este análisis de las novelas familiares venga a reemplazar a la historia política tradicional, ni voy a dar a entender que los sentimientos referidos a la autoridad paterna puedan determinar de algún modo la naturaleza de los conflictos políticos explícitos. Tampoco reduciré la política a una fantasía, ya sea esta individual o colectiva. No obstante, la política está conectada con la imaginación y, en cierta medida, con las fantasías, y la experiencia familiar está en el origen de buena parte de esas fantasías. Los asuntos de familia dividieron a los

grupos políticos tanto a nivel consciente como a nivel inconsciente. Resulta significativo, por ejemplo, que las divergencias en torno a la política de familia crearan una fractura entre una izquierda entendida en sentido amplio, que proponía cambios radicales en el derecho de familia, y una derecha definida en esos mismos términos, que se resistía a ello. De muchas y sorprendentes maneras, las novelas familiares, las conscientes y las inconscientes, contribuyeron a organizar las experiencias políticas de la Revolución, de suerte que revolucionarios y contrarrevolucionarios se encuentran igualmente enfrentados en cuestiones como la autoridad paterna, la participación de las mujeres o la fraternidad. Todos ellos tuvieron que contar historias sobre el nacimiento de la República y sus significados, y todas esas historias versaban sobre conflictos familiares y sus posibles soluciones. Algunos de estos elementos eran constantes —las relaciones entre padre e hijo, entre marido y mujer, entre ambos padres y los hijos, entre hombre y mujer—, pero sus articulaciones concretas estaban en función de esquemas políticos y sociales establecidos por el propio proceso revolucionario.

No puedo ofrecer una respuesta convincente a todos aquellos que estén interesados en saber cómo llegué a la interpretación que se ofrece en las páginas que siguen. Nunca tuve ocasión de iniciarme en el psicoanálisis, ni como paciente ni como facultativa en potencia, y nunca estudié la obra de Freud en profundidad. Habiendo crecido en la parte norte del Medio Oeste de los Estados Unidos, concretamente en St. Paul (Minnesota), tuve una experiencia política temprana con las sucesivas victorias electorales de mi madre; primero como *city councilor*, más tarde como *county commissioner*. Mi padre fue de gran ayuda en todos estos empeños, aun cuando nunca llegara a asumir una participación activa en ellos, y mis hermanas y yo siempre contamos con su apoyo en nuestras elecciones de vida. No podría imaginar, en ningún caso, una vivencia de familia que fuera mejor.

Sea como fuere, si he estado en disposición de estudiar la política revolucionaria en la forma que aquí se propone, ha sido por el apoyo que mis colegas y amigos, y yo misma, hemos recibido de todas las universidades que nos han contratado, y por la financiación que ciertas organizaciones me han brindado. Mis colegas de la University of California, Berkeley, y, más tarde, de la University of Pennsylvania, han impulsado la investigación más innovadora en muchos sentidos —evidentes y no tan evidentes—. Aprendí que no solo era posible, sino deseable, llevar más

allá de sus límites convencionales el trabajo en la disciplina; todo ello, en el contexto de una gran variedad de seminarios e incontables conversaciones realmente inspiradoras. Seguí beneficiándome de estos debates en el marco de un grupo muy singular de Berkeley, el de la revista *Representations*, que en un primer momento organizaron Svetlana Alpers y Stephen Greenblatt, y en el seminario de Etnohistoria de la University of Pennsylvania que impulsó Nancy Farris. Gracias a los fondos que obtuve del National Endowment for the Humanities, la School of Social Science and the Institute for Advanced Study de Princeton y la School of Arts and Sciences de la University of Pennsylvania, tuve ocasión de desarrollar mis ideas para presentarlas luego en congresos y conferencias en Princeton (los Gauss Seminars conformaron el núcleo de este libro), Waterloo (Canadá), Ruan, París, Edimburgo y Milán, entre otros muchos lugares. El período en que dirigí un seminario del Folger Institute, en Washington D. C., resultó particularmente provechoso a la hora de clarificar mis ideas: La lectura que del manuscrito hicieron dos colegas muy queridas, Sarah Maza y Dena Goodman, mejoró mucho mi argumentación y aún me siento en deuda con ellas por lo que hemos compartido en estos años de pesquisas en la historia de Francia. Por último, pero no menos importante, quisiera decir que mi compañera de vida, Margaret Jacob, ha hecho suyas mis esperanzas y desesperanzas con este libro, contribuyendo en todo lo posible a que resultara mejor.

EL MODELO FAMILIAR DE LA POLÍTICA

1

El rey de Francia encontró la muerte una fría y brumosa mañana de invierno. A las 10.22 del 21 de enero de 1793, el verdugo hizo caer la hoja de la guillotina sobre el cuello de Luis Capeto, el otrora Luis XVI (véase fig. 1). La guillotina, recientemente instalada, había sido concebida como la gran niveladora: gracias a ella, todas las muertes serían idénticas, cuasiatomáticas, presumiblemente indoloras. Los diputados confiaban en que, merced a esta forma concreta de ejecutar a Luis, quedaría demostrada «la gran verdad que los prejuicios de tantos siglos habían ocultado: hoy nos hemos convencido de que un rey no es más que un hombre y que ningún hombre puede estar por encima de la ley».

Estas palabras de un publicista del *Journal des hommes libres de tous les pays* daban cuenta del sentido del acontecimiento en los términos más sencillos: los franceses habían ejecutado al rey para *convencerse a sí mismos* de que no era más que un hombre igual que los demás y de que el hechizo de la Monarquía, tan poderoso durante siglos, se había esfumado: «¡No más Capetos! ¡Pueblos de Europa! ¡Pueblos de la tierra! ¡Contemplad los tronos y no veréis en ellos más que polvos!»¹ Y, como queriendo asegurarse del regreso de este particular trono al polvo, la cabeza y el

¹ «Paris, Journéc du 21», *Journal des hommes libres de tous les pays*, n.º 82, 22 de enero de 1793.

cuerpo decapitado del rey fueron inmediatamente enterrados en una de las fosas profundas del cementerio de la Madeleine y cubiertos con cal viva. Se hacía desaparecer todo rastro de la presencia física del rey.

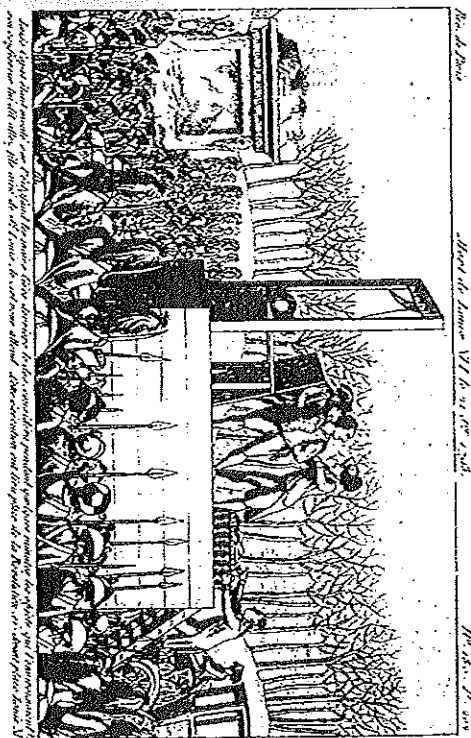
El artículo del periódico, pese a su tono lleno de esperanza y sus verbos en condicional, trasluzca mucho miedo. Los franceses habían dado un gran ejemplo al mundo y una gran lección a las monarquías — afirma el publicista —, pero ¿qué provecho habían sacado de todo ello? ¿Pasará a la posteridad este día memorable?: «Historiadores, que la calumnia quede lejos de vosotros! Sed dignos de los tiempos; escribid la verdad y nada más que la verdad!».² El publicista escribe para disipar toda sombra de culpa. Una culpa que parecía ampliamente compartida, a juzgar por los 20 000 espectadores que se apiñaron en la place de la Révolution y los 80 000 hombres que montaron guardia para prevenir cualquier desorden público.³

La ejecución del rey fue el acto político más importante de la Revolución y el drama central de la novela familiar revolucionaria. Todos reconocieron su alcance simbólico y, no obstante, los revolucionarios asumieron interpretaciones muy diversas e incluso contradictorias. Por ejemplo, los convencionales citaban de manera asidua el precedente histórico de la decapitación de Carlos I de Inglaterra, pero no sacaban una lección única y coherente. Verdad es que todos reconocían que allí la Monarquía había sido restaurada y que los regicidas habían sido castigados, un ejemplo que no resultaba demasiado alentador.

Revolucionarios y realistas consideraban al rey cabeza del orden social en su conjunto, aun cuando, a los ojos de muchos, la posición política de Luis XVI se hubiera visto debilitada antes de 1793 y, quizá también, antes de 1789. El estatus de Luis Capeto fue objeto de varias controversias en el momento de la ejecución. ¿A quién había ejecutado el verdugo: a un rey o a un hombre que había sido despojado de toda sacralidad? Al margen de las posibles respuestas, o del hecho de que el rey estuviera ya simbólicamente muerto en 1793, en 1789 e incluso antes, su muerte física en 1793 hizo llamar la atención sobre el vacío simbólico que quedó expresado por

² *Ib.*

³ El mejor relato del proceso y ejecución del rey puede encontrarse en David P. Jordan, *The King's Trial: The French Revolution vs Louis XVI*, Berkeley, 1979.



1. Grabado de Luis XVI en la guillotina, *Revolutions de Paris*, n.º 185, 19-26 de enero de 1793. Foto: dominio público de Wikimedia Commons.

el pedestal desierto que pudo contemplar Luis durante su ejecución. El pedestal sobre el que se había levantado la estatua de su abuelo, Luis XV.

El Gobierno que había ordenado la muerte del antiguo rey era una República cuya legitimidad descansaba en la soberanía popular. Podía basar un trazo de pluma para instaurar la República, pero hacía falta mucho más para obtener el apoyo de la población y crear un sentimiento duradero de legitimidad. ¿Qué podría obligar a los individuos a respetar las leyes en el contexto del nuevo orden social? El rey había sido cabeza de un cuerpo social unido por vínculos de respeto: los campesinos debían obediencia a los grandes propietarios; los obreros, a sus maestros; los nobles, al rey; las esposas, a los maridos; y los hijos, a sus padres. La autoridad en el marco del Estado era una réplica exacta de la autoridad en el marco de la familia. «La natural reverencia — se decía en una declaración regia de 1639 — de los hijos hacia sus padres guarda relación con la legítima obediencia de los súbditos a sus soberanos».⁴ Una vez eliminado el rey, ¿cuál sería el modelo que garantizaría la obediencia de los ciudadanos?

⁴ Marcel Garaud y Romuald Szramkiewicz, *La Révolution française et la famille*, Paris, 1978, p. 135.

No es casual que Olympe de Gouges publicara su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* en 1791, justo cuando el nuevo orden civil liberal fue legalmente establecido. La articulación de los nuevos principios hizo posible la crítica y, con ella, el plantamiento de nuevas preguntas acerca del paradójico estatuto civil de las mujeres. Tampoco es casual que fuera únicamente en Francia —y en ningún otro lugar, ni siquiera en América— donde se dio un movimiento feminista consciente, aunque fuera pequeño. El feminismo, ese movimiento que se pregunta incansablemente por el estatuto de las mujeres, fue posible en Francia por la confluencia del establecimiento de una concepción liberal del individuo y del socavamiento de las bases de la familia y del Estado. La teoría política liberal fue puesta al día en Francia en medio de una gran crisis política y cultural y aún habría de seguir portando las señales de esa incertidumbre. La aparición de los escritos feministas fue breve e intensa en la medida en que quedó asociada con la crisis de la autoridad familiar. Y no es solo que dicha aparición no se hubiera producido sin la crisis; al nacer con ella, los escritos feministas se vieron afectados por su vinculación con lo que se consideró un ataque a la familia.

La misoginia ha sido un rasgo persistente de la vida social a lo largo de la historia occidental, pero la misoginia también tiene una historia, esto es, ha ido cambiando a lo largo del tiempo. La exclusión de las mujeres no era rétoricamente necesaria para la política liberal; y, de hecho, su noción de autonomía individual hizo mucho más problemática la exclusión de las mujeres. Convirtió la exclusión de las mujeres en un problema. El hecho de que se movilizara a la opinión médica para dar soporte a la tesis de que la naturaleza de las mujeres era distinta e incapacitante resultó decisiva para la continuada exclusión de las mujeres, pero también fue una novedad que apareció a finales del siglo XVIII.¹³ Como he intentado demostrar, la opinión médica fue movilizada de esta forma en un intento de responder a las acuciantes preguntas que se planteaban acerca de —y a causa de— la participación política de las mujeres. La ideología doméstica nació en Francia solo porque sus principales figuras políticas y culturales sintieron la necesidad de una justificación, hasta cierto punto sistemática, de la ex-

clusión de las mujeres de la política, toda vez que las mujeres sí que habían podido acceder a buena parte de los derechos de la sociedad civil. La ideología doméstica fue un intento de instituir un cierto tipo de novela familiar, en suma.

Y, mientras los líderes revolucionarios se servían de estos modelos de familia que mantenían a las mujeres fuera de la política, hicieron lo posible por conservar los principales elementos de la noción liberal de individuo y restringir los poderes de los padres. Todo esto resultó bastante difícil y, ciertamente, incoherente desde un punto de vista lógico. La teoría política liberal y la exclusión de las mujeres no casaban tan bien. El hecho de que señale esta cuestión no significa que vaya a exonerar a la teoría política liberal del cargo de que asume que el individuo en cuestión es varón y blanco. Quiero decir, en todo caso, que la identificación del individualismo con varones (económicamente independientes y blancos) fue históricamente contingente y, en consecuencia, sometida —tanto de manera inmediata como en el largo plazo— a la crítica y al cambio. Como Freud nos enseñara, la dominación masculina del mundo no puede darse por evidente tras el asesinato del padre.

13 Para un análisis del rol que desempeñó la opinión médica sobre el sexo, véase Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Adams, John: 94
- Amar, Jean-Baptiste: 145
- Ami du Peuple, L'* (Saint-Aubin): 99
- Ami du peuple ou la Mort de Marat, L'*
(Saint-Armand): 99
- Amigos de la Libertad: 93
- Antiguo Régimen: 26, 30, 33, 34, 35, 59,
66, 95, 113, 115, 116, 123, 124,
127, 128, 131, 147, 152, 160, 162,
195, 196, 214, 228, 232
- Arrivée de Louis Capet aux Enfers, L':* 80
- Artois, Conde de: 128, 129, 132, 138
- Asamblea Constituyente: 33, 59, 154
- autoridad paterna: 11, 12, 19, 34, 35, 39,
46, 56, 58, 59, 60, 86, 88, 93, 193,
194, 198
- Baculard d'Arnaud, François-Thomas: 41,
42, 43, 44, 211
- Baland, Louis-Pierre: 197
- Balzac, Honoré de: 95, 220
- barridos, Los* (Schiller): 216, 222
- Bara, Joseph: 100, 101, 102
- Barbault-Royer P. E.: 109
- Barère, Bertrand: 97
- Bastilla: 36, 153
- Beauvoir, Simone de: 156
- Bernardin de Saint-Pierre, Jacques-Henri:
45, 47, 48, 49, 50, 51, 52
- Bienfaits de l'Assemblée nationale, Les* (Mar-
chant): 68
- Blanc et le noir, Le* (Rigault-Labrun): 206
- Bossuet, Jacques-Bénigne: 118
- Boue émissaire, Le* (Girard): 139
- Boyer-Brun, Jacques-Marie: 70, 135, 136
- Brissot, Jacques-Pierre: 44, 46, 130, 161
- Brooks, Peter: 219, 220, 223
- Burke, Edmund: 18, 19, 24, 71, 123, 141,
142, 151, 156, 163, 166, 168, 169,
175, 178, 228, 230
- Cabanis, Pierre-Jean-Georges: 188, 189
- calendario revolucionario: 232
- Cambacères, Jean-Jacques: 86, 88

- Carnaille-Saint-Aubin, M. C.: 99
 Campo de Marte: 63, 64, 67
 Carlos I (rey de Inglaterra): 16, 75, 86
Carta a M. d'Altemberg sobre los espectáculos: 114, 123
 Carolina de Médicis: 133, 136, 144
Château du diable (Loisel de Théogare): 216
 Chaumette, Pierre: 145, 146
Chêne de la Liberté, Le (Ducrey-Duminil): 109
 chivo expiatorio: 25, 26, 111, 139, 140
Cinariato empujando el arado (Balard): 197
Claire d'Albe (Cortin): 201, 202, 203, 204, 225
 Clarissa (Richardson): 158
 Código Civil (1804): 189, 194
Celina (Bixentcourt): 218, 224
 Comité de Seguridad de la Convención: 145
 Comuna de París: 126, 148, 154
 Condorcet, Marqués de: 46, 62
 Consejo de los Ancianos: 85, 196
 Consejo de los Quinientos: 194
Conce moraux (Marmontel): 42, 67
 Contrarrevolución: 81, 119, 122, 137, 191
 contrato sexual: 20, 176
 contrato social: 19, 20, 21, 38, 88, 124, 170, 175, 176, 212, 230, 235
 Convención Nacional: 73, 74, 75, 76, 83, 87, 88, 95, 96, 97, 100, 110, 118, 137, 144, 145, 184, 191, 193, 203
 Corday, Charlotte: 103, 104, 144
 Cortin, Sophie: 201, 202
Crimés des reines de France, Les (Kerhalo): 134, 135, 136, 139
 crisis sacrificial: 26, 27, 84, 139, 140, 174, 224
 culto a los héroes muertos: 95, 100
 culto del Ser Supremo: 153, 184, 185, 186

- Danton, Georges-Jacques: 46, 76, 88, 92, 167
 Darnon, Robert: 44, 116, 131
 Darnder, grabado de: 102
 David, Jacques-Louis: 30, 56, 57, 66, 89, 90, 96, 97, 98, 100, 101, 103, 110, 185, 197, 200, 201, 204, 210
 David, Marcel: 28, 29
 De Jean, Joan: 38
Décade philosophique, La: 188, 217
 Declaración de los Derechos del Hombre: 33, 83, 234
Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana (Gouges): 146, 238
 Desmoulins, Camille: 70
 despotismo: 33, 34, 36, 94, 107, 167, 176
 Diderot, Denis: 41, 54, 55
 diferenciación de géneros: 58
 Directorio: 95, 181, 192, 193, 194, 195, 204
 Du Barry, Condasa: 115, 116
 Ducis, Jean-François: 133, 134, 195, 199, 200, 201, 210
 Ducrey-Duminil, François-Guillaume: 50, 51, 52, 64, 109, 205, 209, 210, 212, 217, 218, 221, 222
 Dulaurent: 109
 Durkheim, Émile: 232
Édipo y Antígona (Thérénin): 198
Édipo en Colono (Ducis): 195
Édipo en Colono (Gulliard): 199
Édipo en Colono (Sófocles): 198
 ejecución de Luis XVI: 11, 16, 17, 24, 25, 26, 28, 29, 71, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 96, 107, 111, 113, 120, 137, 153, 228, 231
 ejecución de María Antonieta: 121, 137, 138, 144, 146
- Emilio, o De la educación* (Rousseau): 45, 187, 212
Enfant du carnaval, L' (Pigault-Lebrun): 206-207
Entreprise mélodramatique, L' (Prybo): 220, 223
Épreuves du sentiment, Les (Bascard d'Arnaud): 41
«Erreur d'un bon père, L'» (Marmontel): 67
Essai historique sur la vie de Marie-Antoinette: 129, 130, 131, 161
estructuras elementales del parentesco, Las (Lévi-Strauss): 177
- Fabre d'Églantine: 145
Fastes de Louis XV, Les: 115
 feminismo: 236, 237, 238
Femme infidèle, La (Réfif de La Bretonne): 115, 190
Femme infidèle, Les, vease Femme infidèle, La (Réfif de La Bretonne)
Feuille de salut public: 144, 146
 Fiesta de la Federación: 28, 63, 64, 65, 78
Philosofa en el incandor, La (Sade): 151, 152, 153, 154, 157, 159, 161, 162, 209
Fils naturel, Le: 54
Fils puni, Le (Guezec): 55
 Fouquier-Tinville, Antoine-Quentin: 116, 119, 123
 «Franceses, un esfuerzo más» (Sade): 153, 155, 160, 162
 Fraternidad: 11, 12, 19, 20, 24, 28, 29, 73, 77, 89, 90, 95, 103, 105, 109, 111, 113, 124, 148, 163, 167, 168, 174, 175, 177, 197, 232, 233, 234, 235, 236
- Fredgunda: 116, 133, 134, 136
 Freud, Sigmund: 9, 10, 11, 12, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 27, 43, 47, 51, 53, 56, 79, 80, 91, 92, 95, 105, 113, 124, 125, 149, 169, 171, 172, 173, 174, 177, 178, 190, 210, 211, 223, 231, 232, 238, 239
 Frye, Northop: 63, 89
Fureurs uterines de Marie-Antoinette: 131, 161
- Genlis, Stéphanie de: 45, 212, 214
 Geoffroy, Julien: 217, 218
 Girard, René: 25, 26, 27, 40, 77, 139, 140, 174, 193, 224
 ginodinos: 77, 143
 Gouges, Olympe de: 146, 191, 237, 238
 Graffigny, François de: 39
Gran desbandada del ejército anticoinstitucional: 142, 143
 Grégoire, Henri: 73
 Greuze, Jean-Baptiste: 55
 Gulliard, Nicolas: 199, 200
 gullottina: 15, 17, 76, 84, 111, 120, 121, 146, 191, 207
- Hébert, Jacques-René: 80, 90, 98, 125, 126, 127, 136, 137, 148
 Herman, Armand: 119
 hermanos: 10, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 28, 48, 56, 73-111, 113, 117, 125, 127, 128, 145, 149, 151, 169, 172, 177, 197, 203, 210, 231, 233, 234
 Hijos de la Libertad: 92, 93, 235
Histoire naturelle de la femme (Moreau): 189
 Holcroft, Thomas: 218
 Huet, Marie-Hélène: 97, 100, 185
 huida de Varennes: 68, 70, 120
- Idole renversée, L'*: 70
 igualdad: 21, 28, 48, 61, 62, 76, 86, 87, 91, 95, 105, 107, 111, 124, 163, 191, 193

ÍNDICE

Prefacio a la edición española	9
1. El modelo familiar de la política	15
2. Ascenso y caída del buen padre	33
3. La banda de los hermanos	73
4. La mala madre	113
5. La política familiar de Sade	151
6. La rehabilitación de la familia	181
Epílogo. El patriarcado... ¿en tiempo pretérito?	227
Índice alfabético	241
Índice de figuras	249